

EXCELSIOR  
El Autogobierno que Viene Llega Tarde al DF

26 JUNIO, 1991

## Centralismo Irresponsable

- ★ Cifras que lo Comprueban: la Capital es un Desastre
- ★ Hace 50 Años los Problemas Actuales Echaron Raíces
- ★ Intereses Particulares Sobrepuestos a los Colectivos

LORENZO MEYER

Según la decena de indicadores de la calidad de vida en las cien ciudades más pobladas del planeta y compilados por el Population Crisis Committee (PCC) de Washington, la ciudad de México ocupaba el decimo-octavo lugar... pero de atrás hacia adelante. Una vida urbana peor, según el PCC, sólo se encuentra en El Cairo, Calcuta, Lima, Recife, Kinshasa y una docena más de ciudades.

Esa ciudad tan poco atractiva la nuestra, la ciudad de México, podrá elegir a sus gobernantes "en su momento", declaró la semana pasada el regente de nuestra capital, Manuel Camacho (EXCELSIOR, 19

SIGUE EN LA PAGINA QUINCE

Esta última marca no la supera nadie, ni Santiago de Chile ni Los Angeles.

En 1864 la condesa Paola Kollonitz, dama de honor de la emperatriz Carlota, escribió: "No hay en el mundo ciudad cuya posición sea más encantadora y más imponente de la de Mejico. Entristecida vi la

incuria en que se encuentra después de una guerra civil de cincuenta años que por todos lados ha dejado el sello de la devastación..." Hoy 127 años más tarde, podríamos usar casi las mismas palabras de la condesa, pero sustituyendo el concepto de guerra civil por irresponsabilidad de

las autoridades o, más exactamente, del presidencialismo. Lo más angustiante es que para la ciudad la pax priista ha creado males mucho más difíciles de resolver que los de medio siglo de guerra civil a los que hizo referencia la condesa austriaca.

La hora de cambiar el

sistema político capitalino ya se pasó, pero es mejor empezar tarde que nunca. Es necesario revertir las tendencias que nos condujeron al horror urbano que vivimos. Y una de esas tendencias que debemos detener y lanzarla en la dirección contraria, es la del autoritarismo irresponsable.

de junio. Cinco días antes, un diario alemán de Francfort había publicado una entrevista con el regente en la que éste señaló que si su puesto fuera de elección popular y él se presentara en este momento como candidato, obtendría por lo menos 45% del voto popular (El Financiero, 24 de junio).

El debate en torno del sistema de gobierno apropiado para la gran y complicada urbe mexicana —que hoy es vista por propios y extraños como uno de los sitios urbanos menos adecuados para vivir— es un tema central no sólo para los capitalinos sino, por sus consecuencias, para el país en su conjunto. Desafortunadamente, también es un tema al que se le ha relegado sistemáticamente en la agenda gubernamental. Por ello, la sugerencia y el comentario del regente deberían dar pie a una discusión que nos llevara a autoridades y ciudadanos a ahondar sobre la naturaleza y futuro del poder político en nuestra ciudad.

Es posible argumentar que el "momento" al que hizo referencia el encargado de administrar la enorme capital de la República —ese momento justo y adecuado para introducir el autogobierno de una ciudad enorme, donde asientan los poderes federales y se concentra una buena parte de los factores de la producción nacional—, no está realmente en el futuro, sino en el pasado. En efecto, no es un absurdo manifestar que los habitantes de la ciudad capital tenemos un retraso en nuestro desarrollo cívico en el sentido más profundo, pues en nombre del buen funcionamiento del conjunto de la nación —de la federación—, se nos ha negado sistemáticamente un derecho político elemental: el de elegir a nuestro regente y a los delegados políticos así como contar con verdadero poder legislativo. Tampoco creo absurdo afirmar que ese retraso político es, a la vez,

una de las causas principales de los numerosos males colectivos que sufre el Distrito Federal, del deterioro continuo de la calidad de la vida física y moral de la que pudo ser una gran ciudad.

\*

A estas alturas, muy pocos si es que alguno, puede suponer que en el corto plazo el establecimiento del autogobierno de la capital traería por sí mismo un mejoramiento sensible de la calidad de la vida metropolitana. No, los males acumulados en la ciudad de México por los errores del pasado —los abusos del autoritarismo— son ya muchos y su solución —extremadamente compleja y lenta, y asumiendo que efectivamente haya una solución. Sin embargo, en el fondo el grueso de los problemas capitalinos —sobre población, inseguridad, contaminación, destrucción ecológica, corrupción, burocratismo, etcétera— tienen en la política algunas de sus raíces y, por tanto, tiene que ser también en la política —en su democratización— donde debemos buscar al menos una parte de las soluciones.

El enorme y desordenado crecimiento del Distrito Federal y todos los males que se conectan con este fenómeno no son producto de circunstancias inevitables. "En su momento", para usar la frase del regente, es decir, hace cincuenta años —cuando la capital empezó a vivir eso que Jonathan Kandell llamó los tres decenios dorados— fue cuando los problemas actuales echaron raíces; fue también entonces cuando se debieron y pudieron haber tomado las primeras medidas para evitarlos. Las estadísticas ya existían, así como los instrumentos teóricos para haber sacado de ellas las consecuencias. Desde los años cuarenta, los responsables de la política mexicana estaban en la posibilidad de imaginar a dónde podrían conducir la calidad de la vida urbana de la capital y de las otras grandes ciudades mexicanas, las tendencias de la economía, del crecimiento poblacional y de las migraciones internas. En realidad, la enormidad de los problemas actuales de la ciudad de México son en buena

medida consecuencia de una irresponsabilidad política mayúscula. Intereses individuales de la élite política —en particular los asociados con la especulación urbana y la industria de la construcción— se sobrepusieron sin mayores dificultades al interés colectivo. Es en esa irresponsabilidad con que el presidencialismo postrevolucionario manejó a una ciudad en la que fue concentrando el poder que la Revolución creó, y donde está el origen de los males que hoy padecemos.

A partir de la desaparición de los gobiernos municipales a finales del tercer decenio de este siglo, la vida política de la ciudad de México giró en torno de los regentes —todos con excepción del último, originarios no de la capital sino de los estados— y de sus delegados políticos —la mayoría también de provincia—. Esta maquinaria política sólo rendía cuentas al presidente. El resultado es el megaproblema urbano que hoy vivimos cotidianamente los capitalinos e indirectamente todos los mexicanos.

El PCC acaba de publicar un pequeño panfleto en español sobre las condiciones de vida en las cien áreas metropolitanas más grandes del mundo (se puede solicitar la publicación a Suite 550, 1120 19th St., N. W. Washington, D.C. 20036-3605). Según esas cifras —cuyo origen puede ser puesto en duda en aspectos secundarios, pero difícilmente en lo sustantivo— la situación de nuestra ciudad es exactamente como lo podemos suponer sin necesidad de cifras comparativas: un desastre. Las cifras del PCC simplemente confirman lo que nuestros sentidos nos dicen todos los días. Empecemos por una de las obligaciones elementales de todo gobierno, esa que Thomas Hobbes nos dijo desde el siglo XVII que es la razón de ser del poder estatal: la paz y seguridad del súbdito en su persona y propiedades. Al final de los ochenta, y según el PCC, en la ciudad de México se cometían 27.6 homicidios anuales por cada cien mil habitantes; de entre las cien ciudades más populosas del mundo, tamaño inseguridad sólo es superada por cinco —el Cairo, Alejandría, Manila, Río de Janeiro y Ciudad del Cabo—, las otras 94 urbes tienen índices de seguridad superiores a Méxi-

co. El indicador de la violencia urbana es, también, el indicador de la incapacidad de las autoridades para cumplir con la más elemental de sus obligaciones, por lo que cobran altos impuestos y exigen obediencia.

\*

El porcentaje del ingreso gastado en alimentos en la ciudad de México es, en promedio, de 41%; hay 33 urbes donde la proporción es mayor que en nuestra capital pero, por lo mismo, hay número mayor —el doble— donde el grueso de sus habitantes pueden disponer de una proporción mayor de sus ingresos para otra cosa que no sea simplemente alimentarse. En personas por habitación, la ciudad de México tiene 1.9; en relación con este indicador del espacio habitable hay 29 ciudades en condiciones más difíciles que el Distrito Federal y 70 en una situación mejor. Por lo que se refiere a las condiciones de esas habitaciones la situación mejora, pues 94% de las viviendas en la capital tienen agua corriente y electricidad y, por tanto, sólo 52% de otras ciudades están en mejores condiciones que la nuestra en materia de servicios básicos. Pero al volver la vista al indicador de comunicación —el teléfono—, la situación vuelve a caer: sólo 6 aparatos por cada cien habitantes, lo que lleva a que sólo 29 de las cien ciudades tengan una relación inferior a la nuestra. Por lo que hace al ruido, la capital mexicana recibió un puntaje de 6 sobre 10, pero por lo que hace a la velocidad promedio de circulación de vehículos automotores, en las horas pico la situación es deplorable: 8 millas por hora (13 kilómetros por hora); únicamente en cinco de las cien ciudades clasificadas el tránsito se mueve con mayor lentitud que en el Distrito Federal. Para concluir el tema donde no tenemos rival, donde somos el número uno: el de la calidad del aire que respiramos; la concentración de ozono por hora en México es de 0.4050 partes por millón (no se trata de la concentración mayor, sino de la menor de tres muestras tomadas).